

Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (Jóvenes portugueses)

José Machado Pais

Investigador Principal del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad de Lisboa
y coordinador del Observatorio de la Juventud Portuguesa.

Tomando la imagen del laberinto como ilustrativa de realidades complejas, las trayectorias de los jóvenes pueden pensarse en una lógica de pos-linearidad. Las múltiples segmentaciones del mercado de trabajo ejemplifican esa complejidad laberíntica, a partir de la cual emergen nuevas representaciones del trabajo y nuevos modos de vida. Los procesos de transición al mundo del trabajo están marcados por la turbulencia, la flexibilidad y la volubilidad. Las contradicciones performativas que se instituyen en un espacio antaño prescriptivo hacen que las trayectorias de los jóvenes adquieran un estatuto de relativa aleatoriedad. En el marco de este escenario, se discuten aspectos relacionados con el empleo y el desempleo de los jóvenes portugueses y algunas paradojas que derivan de los desajustes estructurales entre modernización, economía y educación.

Palabras clave: *trabajo, desempleo, trayectorias de vida, representaciones sociales, aleatoriedad, tradición, trabajo infantil, precariedad, modernización, economía, educación.*

1. Introducción¹

La precariedad del empleo entre los jóvenes, expresión de las dificultades que encuentran para integrarse en el mercado de trabajo, lleva a muchos de ellos a adoptar estrategias cuya singularidad estremece los modos tradicionales de entrada en la vida activa. En estos términos, el sentido del trabajo está siendo redefinido por aquellos que más carecen de él. La inestabilidad en el ámbito de las representaciones del trabajo refleja itinerarios laborales marcados por la turbulencia, la flexibilidad y la volubilidad. La

vivencia precaria del empleo y el trabajo implica modalidades múltiples de "lucha por la vida" que incluyen el trabajo eventual, el temporal, el parcial, el asalariado oculto o ilegal, el trabajo doméstico, el pluriempleo y múltiples formas de salir adelante.

Una particularidad compartida por muchos jóvenes contemporáneos es, por consiguiente, la de vivir en un tiempo de inestabilidad e incertidumbre, de tensión entre el presente y el futuro, de lazos persistentes de dependencia y ansias insistentes de independencia. El propio *capitalismo flexible* (Sennett, 2000) cuestiona la linealidad tradicional de las carreras profesionales. La *carrera* es un camino por el cual se circula, pero, para un número considerable de jóvenes, ese camino aparece bloqueado; otras veces, surgen encrucijadas con varias direcciones, cambios de sentido, callejones

¹ El presente artículo forma parte de una investigación más amplia recogida en un libro de próxima publicación: Ganchos, Tachos e Biscates. Jovens, Trabalho Precário e Futuro. Ambar, Oporto, 2001 (en prensa).

de difícil circulación o, incluso, sin salida. Por eso, los sociólogos de la juventud adjetivan las transiciones de los jóvenes a la vida adulta acentuando su vulnerabilidad e imprevisibilidad. Hablan de trayectorias alargadas, fracturadas, aplazadas o frustradas (Craine, 1997). Los jóvenes elaboran guiones múltiples para el futuro pero, muchas veces, el futuro no se deja guiar por ninguno de ellos. Las intervenciones políticas dirigidas a los jóvenes intentan también planificar el futuro, pero las realidades imprevisibles crean condiciones de incertidumbre que, muchas veces, invalidan esos planes. Las trayectorias de vida de muchos jóvenes se asemejan a sendas que se bifurcan en jardines laberínticos, como los que Borges nos describe en *Ficciones*, como redes que por las que se enfilan todas las posibilidades. Posibilidades que no se encuentran predeterminadas, pero que se van ramificando a medida que nos damos cuenta de su realidad (*El Aleph*).

Por eso, los proyectos de vida que los jóvenes idean abren puertas que dan a un vacío temporal de henchimiento aplazado (Lasén Díaz, 2000). Los trayectos no alcanzan a los proyectos. Las opciones son múltiples, aunque reversibles y no siempre posibles. Las políticas de juventud tienden a estandarizar las transiciones de los jóvenes para la vida adulta (Shanahan, 2000) —definiendo escolarizaciones mínimas, circuitos escolares, formación profesional, políticas de empleo— pero los jóvenes tienden a autonomizar sus vidas por medio de “búsquedas autónomas” de trayectorias que a menudo no encajan en las políticas prescriptivas que tienden a normalizar las transiciones. ¿Porqué surge tan a menudo una contradicción entre los patrones estandarizadores de la planificación y las trayectorias desestandarizadas? Posiblemente, porque las políticas de estandarización crean una lógica de linealidad que no se ajusta a las trayectorias no lineares (yo-yó) del curso vital de muchos jóvenes. Muchas de esas políticas tienden a crear un orden artificial en una estructura social que es caótica por naturaleza.

Las sociologías “lineares” intentan también una construcción lógica de la continuidad por medio de la noción de causalidad. Hechos tomados como “causa” determinan otros hechos tomados como “efecto”, en un esfuerzo de vinculación que asegura una continuidad temporal entre un “antes” y un “después”, en una consolidación de sucesiones. Sin embargo, entre cualquier *antes* y *después* hay un intervalo de imprevistos, de acontecimientos, de éxitos y fracasos al margen de la continuidad temporal de las sucesiones previstas. La vida es una enredada urdimbre de restricciones. Los cursos de vida de los jóvenes interaccionan con esa urdimbre. De la misma forma que las lanzaderas de un telar lanzan la trama que atraviesa la urdimbre, los jóvenes se lanzan con igual fervor en la urdimbre de la vida. Tejiendo sueños y deseos, inquietudes y temores, expectativas e ilusiones. El éxito, zurcido con el fracaso. Tejiendo el paño del destino antes de que el destino los meta en apaños. La urdimbre de la vida va reconfigurándose, ganando nuevos trenzados, nuevos enlaces, nuevas texturas.

Dos amigos míos (Roberts, 1995 y Furlong, 1997) recurren a una metáfora sugestiva para ilustrar el cambio histórico registrado en los modelos de transición a la vida adulta. En las décadas que siguieron a la pos-guerra, las transiciones de los jóvenes se asemejaban a viajes en ferrocarril. Los jóvenes, dependiendo de la clase social, el género o las cualificaciones académicas, se embarcaban en diferentes trenes con destinos predeterminados. Las oportunidades para cambiar de destino o de trayecto eran limitadas. En claro contraste, durante las dos últimas décadas, las transiciones de los jóvenes podrían compararse con viajes en automóvil. El conductor del coche se encuentra en condiciones de seleccionar el itinerario del viaje entre un vasto número de alternativas. La experiencia del conductor, al contrario de lo que les sucede a los pasajeros del transporte público, determina la trayectoria que se sigue.

En contrapartida, hoy en día, las decisiones del conductor ya no garantizan un viaje con destino

cierto o por rutas predeterminadas. Y esto, porque el terreno en el que se dan las transiciones presenta caracteres cada vez más laberínticos. En el laberinto de la vida, como en el de la circulación automovilística, surgen con frecuencia sentidos obligatorios y prohibidos, desvíos, caminos que parecen haberse ya cruzado, o por los que se ha pasado varias veces: es ese retomar los caminos lo que provoca una sensación de desorientación, de confusión, de pérdida. La *retoma* (Lasén Díaz, 2000), es un volver a tomar caminos que se abandonaron: retoma de estudios inacabados; retoma de una relación amorosa que entró en crisis, regreso a casa de los padres después de experimentar un periodo de vida independiente; reincidencia en el consumo de drogas después de un intento fallado de desintoxicación, en este caso, se habla incluso de recaída; retoma de viejas convivencias; retoma de las *chapuzillas* cuando aprieta la falta de dinero... retomar caminos ya tomados es lo normal en las estructuras laberínticas. *El dilema del laberinto* acaba traduciéndose en la incapacidad de decidir qué rumbo tomar.

2. El encontrar trabajo: una lotería

En los últimos años de la década de 1940, una de las variaciones del jazz tomó el nombre de *bop*. Del *bop* surgió la teoría de la *prosa espontánea*, un método de creación artística basado en la respiración de los saxofonistas del *jazz-bop* y conectado con la idea mágica de la improvisación. Una cultura semejante de improvisación es la propia de muchos jóvenes que intentan dar sentido a sus cotidianos. Las reacciones a la aleatoriedad de la vida son muy diferentes, pudiendo abarcar desde una aceptación pragmática, a un pesimismo cínico. En ambos casos, cuando se busca trabajo, hay un reconocimiento implícito de que es preciso tener suerte, como si el trabajo se sortease en una lotería cualquiera.

Lo cierto es que el mercado de trabajo presenta, para muchos jóvenes, características de *loteado*,

es decir, se encuentra dividido en lotes, sujeto a una creciente segmentación. Está el *mercado negro* (de los trabajadores clandestinos); el *mercado azul* (de los obreros de mono); el *mercado blanco* (de los cuellos blancos); el *mercado rosa* (de las empleadas del hogar, secretarías, recepcionistas, telefonistas...); está también el *mercado rojo* (de las líneas eróticas y de contactos entre afines); el *mercado gris* (de los burócratas y *yuppies* de mentalidad y trajes grises), etc. O sea, el mercado de trabajo es un arco-iris de segmentaciones. Y esto tiene implicaciones sociológicas, en términos de estratificación y de movilidad social, en el modo como las personas se distribuyen por los lotes disponibles, pero también, en el ámbito de las nuevas significaciones otorgadas al trabajo.

Un fin de semana de estos, invité a mi hijo a asistir a un partido de fútbol. Tiene 16 años y de vez en cuando vamos al fútbol. Pero, para mi asombro, ese fin de semana me dijo que no me podía acompañar porque tenía mucho trabajo. Me pareció extraño, visto que ya habían comenzado las vacaciones de semana santa. Le pregunté: "¿de vacaciones y con mucho trabajo?" Más intrigado me dejó la respuesta: "¡Parto para Nueva York!". Por supuesto, le ametrallé con preguntas de padre atemorizado: "¿Vas a Nueva York? ¿Cuándo? ¿De donde sacaste el dinero? ¿Que vas a hacer allí?" Con una sonrisa respondió: "ya entraste en barrena. No te inquietes: sólo soy piloto de la KLM y esta tarde tengo un vuelo a Nueva York"... Descubrí después que mi hijo es piloto de la KLM; todas las semanas elabora un informe (*pilot report*) para dicha compañía aérea, y su aspiración es llegar a ser *hub manager*, para lo que necesita realizar un número considerable de horas de vuelo, además de demostrar otras competencias, aunque todo suceda en un escenario virtual, en un simple "simulador de vuelo". ¿Qué hace que un joven deje de lado un momento de ocio (un partido de fútbol) por otro momento de ocio que comporta toda una carga de "relaciones de obligación" como las propias del trabajo? Sin duda, se están desarrollando nuevas

concepciones del *trabajo* y del *ocio*. En el caso de muchos cibernautas, quizá se pueda decir que están descubriendo un nuevo rumbo: la compatibilidad del trabajo con lo lúdico.

Probablemente, los *trabajos futuros* entrelazarán, cada vez más, las marcas de las dos éticas vitales que William Thomas y Florian Znaniecki (1984; 1ª edición: 1918) conceptualizaron en una obra clásica de la sociología: "*The Polish Peasant in Europe and America*". Por una parte, la ética tradicional del trabajo, marcada por el deseo de seguridad (*desire for security*) y por el deseo de correspondencia (*desire for response*); por otro lado, la *ética de la aventura*, marcada por el deseo de nuevas experiencias (*desire for new experience*) y por el deseo de reconocimiento (*desire for recognition*). La combinación de estas dos éticas depende de las circunstancias, que son difíciles de domeñar. Por eso, los jóvenes intentan adaptarse a las circunstancias cambiantes que modifican el curso de sus vidas. En los tradicionales *estatutos de pasaje* hacia la vida activa, los jóvenes se adaptaban a estructuras *prescriptivas* que anquilosaban esas modalidades de pasaje. Actualmente, las transiciones de los jóvenes se encuentran sujetas, cada vez más, a estructuras *performativas* (Sahlins, 1987) que emergen de esos islotes de disidencia en los que se han constituido los cotidianos juveniles.

¿Tendrá entonces sentido seguir apostando en la búsqueda de "modelos mecánicos" que debieran prescribir las transiciones de los jóvenes a la vida activa? ¿Merece la pena seguir mirando a los jóvenes a través de "cristales ahumados" —del tipo de los modelos estadísticos *post fact*— que se contentan con la mera totalización de los efectos de infinitas opciones individuales que, en su conjunto, sólo valen como un "orden" artificial? Es cierto que el tejido social se encuentra sujeto a prescripciones y normatividades. Pero también es verdad que no habría cambio social si no existiesen diferencias ontológicas entre estructuras y prácticas, sistemas y eventos, estados y procesos, normas y comportamientos. ¿Está

justificado, entonces, seguir hablando, de modo reificado, de la "inserción profesional", como hacíamos décadas atrás? Contra algunas definiciones ortodoxas y prescriptivas, conviene entonces enfatizar el carácter crecientemente *performativo* de las culturas juveniles y las transiciones de los jóvenes a la vida activa, acentuando su *aleatoriedad* y *diversidad* (Pais, 2000). Lo que en los jóvenes parece estar cada vez más en juego es el juego con la propia vida, una ética de vida que la toma como aventura (Pais, 1994).

3. La vida como juego

"*Jones in the fast lane*" es un juego de ordenador dirigido a jóvenes y que les desafía a alcanzar determinadas *performances*. Para ello, deben enfrentarse a dilemas y encrucijadas, sortear obstáculos como los que se podrían encontrar al transitar a la vida adulta. Los jóvenes (jugadores) definen las *performances* a alcanzar, en cuanto principales dimensiones de la vida —*riqueza, felicidad, educación y carrera profesional*— cuyos predicados se encuentran "prescritos" en la propia programación del juego.

A veces, el camino no es tan rápido (*fast lane*) como se podría suponer. Eso es parte del juego (que la vida es). Sólo los más hábiles consiguen alcanzar sus objetivos con velocidad y éxito —lo que presupone que los adversarios en el juego se queden por el camino. Forma parte de la vida (que también es juego). En fases críticas del juego, el joven puede contar con ayudas de la familia. Pero lo más probable es que tenga que aprovechar cualquier trabajo. El juego proporciona, en efecto, el recurso a trabajos temporales (*Mac Donalds, distribución de pizzas...*) o a actividades "atípicas" (o típicas del mercado negro). En situaciones críticas, el joven cae en la penuria, desnutrido y mal vestido. En una escena del juego, el protagonista aparece en calzoncillos, lo que no le retira el derecho a ir a la universidad, aunque le cueste el despido por parte de un patrón

“desalmado”. El juego acaba, naturalmente, por dar oportunidades al joven para intentar salir de tal crisis, por medio de la delincuencia.

Experimentando el juego –y a algunos sociólogos les vendría bien experimentarlo– se ve que son situaciones circunstanciales y accidentales las que, en el transcurso del propio juego, fomentan el recurso a la delincuencia. En una situación desesperada. El recurso determinado por el recorrido. Son estos escenarios de contingencia los que se le escapan a la sociología de los *modelos prescriptivos*. Es el caso de la *criminología de la reacción social*, más interesada en desvendar mecanismos sociales que producen (prescriben) la delincuencia que en estudiar la propia delincuencia (Robert y Kellens, 1973); o de los que consideran que hay un “consenso social” consignado, por ejemplo, en la ley penal, por lo que la delincuencia resultaría de una falta de conformidad con ese consenso prescrito (Thrasher, 1969); o los que, en una línea semejante, defienden que las “subculturas desviantes” son desviantes porque son subculturas – es decir, porque se apartan del modelo prescriptivo de la “cultura dominante”. “*Jones in the fast lane*” es un juego que nos sugiere –especialmente si lo jugamos– que para *delinquir* no es preciso ser *delincuente*. Sin embargo, las teorías del “etiquetado” y la “estigmatización”, centradas en la noción de “desvío” siguen haciendo escuela (Rolleau-Berger, 1993).

“*Jones in the fast lane*” nos muestra cómo, en el escenario virtual de un juego de ordenador, un joven se descubre como *protagonista* en los intersticios de una realidad compuesta: mitad imagen, mitad substancia; realidad intermedia –o mundo intermedio, como diría Platón– de una realidad simulada. Como en “*Jones in the fast lane*”, se puede, con alguna suerte –la suerte es parte necesaria del juego– adquirir riqueza, prestigio, estatus social. El *juego*, en los ordenadores como en la vida real, desarrolla una capacidad performativa, una astucia impar con la que se pueden sortear los obstáculos. La

propensión a jugar con la vida, desafiando sus rumbos, es más fuerte en cuanto más se encuentra sujeta a indeterminaciones.

Es cierto que los jóvenes también *prescriben* reglas con las que organizan sus lances, pero son las diferentes ocasiones del juego las que justifican los distintos actos performativos, los llamados golpes maestros. En los manuales de ajedrez se encuentran movimientos típicos de piezas, lances cuya memoria es esencial para enfrentarse a situaciones desesperadas. Sin embargo, a los viejos repertorios les suceden nuevos repertorios. Otras cosas que se hacen con la misma cosa y sobrepasan los límites fijados por las determinaciones. Estamos ante un “juego escriturístico” (Certeau, 1980): juego estratégico que permite que la información recibida de la tradición, o del exterior, pueda ser recopilada, clasificada o imbricada en un sistema; pero que, simultáneamente, permite que desde el sistema se pueda actuar sobre el medio y transformarlo. En sociedades de fuerte reproducción social, las herencias culturales marcan rígidamente los destinos posibles. En latín, la contemplación de los astros –que, según se creía, predecían el destino– era llamada *considerare* (*sidus* o *sideris* significaba astro, estrella). O sea, los astros eran considerados para considerar el futuro. En contrapartida, *desiderare* remite a la ausencia de la influencia astral: *desiderare* – desistir de los astros. Sin embargo, simultáneamente, deriva de *deseo* y remite a una situación de *despojo* –despojo de cualquier influencia o amarra astral, condición de posibilidad del deseo, de tomar el destino en las propias manos, voluntad nacida de una deliberación, sólo posible gracias al desprendimiento de las amarras. Dejando de *considerar* los astros, *desiderare* significa una incapacidad de saber el destino –una carencia, una privación, un vacío que se vuelca al exterior buscando henchimiento.

Las *contradicciones performativas* que se instituyen en un espacio antaño *prescriptivo* hacen que las trayectorias juveniles estén cada vez más

en juego, como sucede en "Jones in the fast lane". La reversibilidad de esas trayectorias y la fuerza de la casualidad otorgan a la condición juvenil contemporánea una configuración crecientemente hipertextualizada. Como se sabe, los paradigmas basados en la hipertextualidad cuestionan las secuencias fijas y las magnitudes definidas o acabadas de un texto. Los cursos de vida, entre los jóvenes, son *textos* cada vez más bifurcados y confundidos, porque también los respectivos *contextos* de vida son cada vez más inestables y variables. Sistemáticamente, nuevas formas de movilidad funcional y geográfica balizan el futuro profesional de los jóvenes. Como en "Jones in the fast lane", los jóvenes se sienten tentados a "tentar la suerte". *Tentar* (del latín, *tento*) significa palpar, pero también deriva en tentación (*tentatione*), aquello de lo que San Agustín, según decía, no se conseguía librar ni en sueños. Ser joven es, hoy, tentador por partida doble, por exigencias del sueño y de la realidad. Se tientan las oportunidades en el mercado de trabajo, como se acaricia a la pareja en la discoteca, intentando ver hasta donde se puede llegar. Es en esa oscuridad —a ciegas, palpando— donde mejor se ve cómo las trayectorias de los jóvenes se encuentran crecientemente en juego.

4. El desempleo oculto, el caso de Portugal

Las políticas de combate al desempleo parten de la necesidad de determinar cuantitativamente el número de desempleados; sin embargo, uno de los grandes problemas del mercado de trabajo es el del *desempleo oculto* —oculto porque normalmente no aparece en las estadísticas, porque se disfraza de trabajo clandestino. Ese es el misterio de los jóvenes desaparecidos en las madejas de las estadísticas del desempleo. En Portugal, más del 50% de los desempleados de entre 20 y 24 años han vivido desempleados durante 6 o más meses (Blanchard y Portugal). De hecho, la población joven es una de las principales víctimas de las tensiones que atraviesan el mercado de trabajo.

Muchos de los primeros trabajos que los jóvenes encuentran son temporales o en *part-time*². Entre algunos jóvenes existe también un *desempleo de exclusión* que no se define, únicamente, por una falta de integración en el mundo del trabajo, sino por un estado general de desintegración social (Wuhl, 1992).

Todo el mundo habla de desempleo, bombardeando a las audiencias con tasas que suben y bajan (en Portugal bajan más de lo que suben) pero pocos hacen referencia a las dificultades para censar el desempleo juvenil. La flexibilización del trabajo modificó los límites que tradicionalmente separaban trabajo y no trabajo. El desempleo, a gran escala, es una nueva forma de "subempleo plural", plenamente integrado en el sistema de ocupaciones. De acuerdo con los criterios definidos por el *International Labour Office*, los desempleados son definidos como todos aquellos que, en el momento en que fueron preguntados, no habían trabajado más que una hora durante un corto periodo de referencia, generalmente el día o la semana anterior al momento de la encuesta. La definición parece inequívoca, pero, en realidad, encubre importantes ambigüedades. Se podría decir que las estadísticas oficiales tienen el misterioso don de hacer desaparecer a muchos jóvenes desempleados de los registros del desempleo.

Por ejemplo, ¿cómo se censa a los estudiantes? En muchos países, entre ellos Portugal, si un joven desempleado está estudiando, ya sea para ocupar el tiempo o para mejorar sus posibilidades de encontrar un trabajo, entonces es contabilizado como estudiante, no como desempleado. Otro ejemplo, un joven puede estar dispuesto a trabajar; puede haber enviado su *curriculum* para algunas empresas o respondido a anuncios del periódico; podrá sentirse, en realidad, como un desempleado;

² En 1996, un estudio de la OCDE que incluía a 15 países mostraba que la mitad de los trabajos desempeñados por jóvenes de 16 a 24 años, y con la escolaridad obligatoria concluida, era temporal, además, el 30% en part time (OCDE, *Employment Outlook*, 1998).

pese a todo, eso no basta para que las estadísticas de desempleo lo consideren como desempleado si, en el momento en que fue preguntado, hacía más de una semana que estaba esperando la respuesta a los pedidos de empleo.

Se trata, entonces, del tratamiento estadístico que se da a quienes quedan al margen del mercado de trabajo. Las estadísticas del desempleo no contabilizan a los desempleados que, por desánimo, hayan dejado momentáneamente de buscar empleo. Siguiendo los criterios de las estadísticas oficiales de desempleo, no es fácil alcanzar el estatuto de desempleado. ¡Si lo fuese, se dispararían las tasas de paro! O sea, el desempleo que las estadísticas nos dan resulta de malabarismos artificiosos y no se corresponde con el desempleo real. Para los peritos estadísticos –peritos en hacer desaparecer a los desempleados de las estadísticas de desempleo– no basta con que una persona esté sin trabajo o empleo para que sea considerada desempleada; ni basta con que esté disponible para trabajar, remunerado, o no; es necesario que durante la semana en que fue preguntado, hubiese buscado activamente trabajo o efectuado diligencias para encontrar un empleo, con o sin remuneración. ¡Si un joven desempleado –pero no inventariado como tal en las estadísticas de desempleo– encuentra finalmente un empleo, ese joven puede vivir la paradójica situación de encontrar un empleo sin que previamente hubiese sido considerado “desempleado”!

Visto lo expuesto, sería preferible que las estadísticas oficiales trabajasen con la categoría de “no empleados”³, en vez de con la de “desempleados”. Mientras la tasa de desempleo resulta del cociente de la población empleada con relación a la población activa, la tasa de “no empleados” resultaría del cociente entre los excluidos del sistema de educación y del mercado

de trabajo (sin contar, naturalmente, con los jubilados) y el total de la población que no es ni estudiante ni jubilada. En el caso de los jóvenes portugueses con edades entre los 15 y los 29 años, la tasa de “no empleo” representa el doble que la de desempleo calculada siguiendo los criterios oficiales. Así, para el año 2000, mientras la tasa de desempleo juvenil era del 6%, la de “no empleo” joven era del 17%.

5. Trabajo clandestino: el ejemplo del trabajo infantil

En Portugal hay un mercado de trabajo clandestino y precario en crecimiento que afecta especialmente a los jóvenes. ¿Qué explica la persistencia de un fenómeno típico del subdesarrollo económico –el trabajo infantil– en un país, como Portugal, que ha realizado un esfuerzo notable de modernización a lo largo de las tres últimas décadas?

De hecho, el *trabajo infantil* es un rasgo que caracteriza sociedades económicamente arcaicas y subdesarrolladas, como bien demostró Coleman (1990). Sin embargo, el desarrollo rápido y asimétrico de la economía portuguesa se tradujo en la coexistencia de modelos sociales que van de la pre-modernidad a la pos-modernidad. En las zonas rurales en las que predomina el minifundio, la familia sigue siendo un espacio en el que confluyen actividades vinculadas a la producción económica, el consumo, la procreación y la socialización de los hijos. Éstos siguen trabajando en el campo con los padres, colaborando en las tareas domésticas y cuidando de sus hermanos menores.

Al ser clandestino, no es fácil cuantificar el trabajo infantil en Portugal. Según una encuesta reciente (Inquérito, 1998), se descubrió que 43.000 jóvenes menores de 16 años admitían ejercer una actividad económica regular, aunque sólo 18.000 adultos reconociesen tener hijos menores trabajando. O sea, los padres tienden a ocultar lo que, en verdad, los niños declaran sin cohibiciones: la dura

³ Las categorías del “no empleo” han sido, recientemente, bastante discutivas. Véase el polémico artículo de Laroque y Salanié (2000).

realidad del trabajo infantil. Pese a todo, estos números se quedan cortos respecto a la realidad. Las confederaciones sindicales calculan que cerca de 80.000 niños portugueses trabajan clandestinamente, mientras *Anti-Slavery International* sostuvo que el trabajo infantil afecta a unos 250.000 niños portugueses.

La encuesta a la que nos acabamos de referir confirma que las regiones más industrializadas del norte de Portugal (Oporto y Braga) son aquellas en las que la plaga del trabajo infantil se encuentra más difundida. Por otra parte, los sectores más afectados son –además de la agricultura– los del vestuario y confecciones, calzado, construcción, mueble e industria textil. Estos sectores son los que implican mayores riesgos para la salud y la seguridad en el trabajo, además de caracterizarse por las cargas horarias excesivas. También fue en el norte de Portugal (Oporto y Braga) donde se situaban las empresas en las que la Inspección de Trabajo detectó más casos de trabajo infantil, de entre los pocos que se consiguieron detectar. En el año 1999, sólo fueron descubiertos 191 casos de empleo ilegal de menores. Y eso que las inspecciones “por sorpresa” a fábricas habían aumentado un 70%. O sea, los inspectores del trabajo infantil se muestran impotentes en su labor, no descubren lo que todo el mundo sabe que existe. Además, como buena parte del trabajo infantil se efectúa a domicilio, es difícil de detectar.

El trabajo infantil se inscribe en un sector pujante de la economía portuguesa, el de la *economía informal*, una forma de economía “tolerada” –como pasa, por ejemplo, con la prostitución. Y no sólo es tolerada en el sentido de que vive a la sombra de la economía “oficial”, sino también en el sentido de su *funcionalidad* –porque amortigua conflictos sociales, camufla el desempleo, etc. Por eso, no resulta fácil la tarea de la Inspección de Trabajo. Los inspectores son continuamente controlados por los padres de los menores y por los patrones que, clandestinamente, les dan trabajo. Hace un tiempo, se descubrió una fábrica de calzado en el norte de Portugal (Felgueiras) que controlaba el

movimiento de los inspectores con una cámara de vídeo camufladamente instalada en la puerta de la fábrica. Ese control permitía que, al llegar los inspectores a la fábrica, los menores fuesen escondidos en contenedores o en furgonetas, logrando, de este modo, disimular el trabajo infantil.

En estas condiciones, los niños viven en volandas entre la familia, por un lado y, por otro, la fábrica o el campo. Los niños son socializados por medio del trabajo en el transcurso de su adolescencia. El trabajo es encarado, en los medios rurales y obreros, como la “escuela de la vida”, a través de la cual se transmiten los saberes y los conocimientos que hacen posible la reproducción social. Por eso, aprenden desde jóvenes a trabajar arduamente: en el campo, transportando cargas voluminosas, manipulando productos químicos, utilizando motosierras, guadañas, azadones y tractores; en las fábricas, trabajando casi como hombres, aunque disfrutando de salarios miserables. Fábricas en las que los patrones conocen las dificultades económicas en las que viven muchas familias y que las llevan a mandar a sus hijos para las fábricas. Hijos que alimentan un trabajo infantil y dócil, de bajo coste y grandes beneficios. Trabajo esforzado que se cambia por el hambre, por la escuela, por jugar a la peonza o a gallinita ciega. Trabajo producido por la *necesidad* y que se hace *virtud* por medio de una *ideología* que incentiva la entrada precoz de los niños en el mundo del trabajo, porque –es el argumento esgrimido– “el trabajo es la mejor escuela de la vida”. Esta ideología, apoyada también en una “ética tradicional del trabajo”, se trasparenta claramente en algunos proverbios portugueses:

- “A juventud ociosa, vejez vergonzosa”
- “A quien trabaja Dios le ayuda”
- “No hay honra sin trabajo”
- “El trabajo del niño es poco, pero quien no lo aprovecha está loco”
- “Quien de joven no trabaja, de viejo duerme en paja”
- “De pequeño se tuerce el pepino”.

6. Modernización, economía y educación: desajustes y paradojas.

Al tiempo que sectores tradicionales resisten la modernización, la economía portuguesa se ha desarrollado considerablemente y, en los últimos años, han aumentado el peso relativo de las clases medias y la expectativa de movilidad social de muchos jóvenes. Muchos padres esperan que sus hijos puedan tener el futuro que a ellos les gustaría haber tenido. Por eso, las familias portuguesas han pasado a invertir más en la educación de los hijos. Los datos de una encuesta reciente (Cabral y Pais, 1998) muestran que, de un modo general, los estudiantes portugueses se encuentran bastante satisfechos con la escuela, en particular con los "conocimientos y cultura general adquiridos" y con la "convivencia con los compañeros". Sin embargo, la misma encuesta muestra elevados niveles de fracaso escolar: el 64% de los jóvenes encuestados no consiguieron aprobar a la primera al menos un año escolar. Aunque los índices de suspenso sean mayores entre aquellos que la escuela acabó excluyendo (trabajadores, trabajadores-estudiantes, desempleados y amas de casa), no deja de ser relevante que más de la mitad de los que todavía estudian (52%) ya haya repetido curso alguna vez. Por otro lado, el fracaso en la búsqueda de empleo (entre desempleados y amas de casa) parece ser un reflejo del fracaso escolar. O sea, que los mecanismos que hacen que se suspenda en la escuela refuerzan el proceso de exclusión de los jóvenes del mercado de trabajo. Para los jóvenes desempleados (y también para las jóvenes amas de casa), con índices de suspenso que rondan el 80%, parece que la escuela cumplió la función de prepararlos para el desempleo.

Si, entretanto, atendemos a las razones principales que los jóvenes alegan con más frecuencia a la hora de explicar su fracaso escolar, verificamos que sólo una minoría dice haber suspendido por la injusticia de las evaluaciones, por no tener tiempo para estudiar, por motivos de salud o por los cambios de profesores. Las razones más

invocadas, con un peso similar, remiten para la dificultad de las materias (27%), la falta de gusto por los estudios (26%) y la poca asiduidad voluntaria ("faltaba mucho", 27%). ¿Cuál es el origen social de los jóvenes con mayor fracaso escolar? Proviene de los medios más tradicionales, como el campesinado (el 79% de los jóvenes con este origen suspendieron al menos una vez) y el proletariado rural (con un 73% que suspendieron algún curso). Pese a todo, los índices de suspenso afectan a todo el universo estudiantil, incluso a los jóvenes que, por herencia, poseen importantes *stocks* de capital económico y cultural. Se trata de una paradoja. Sobre todo porque los elevados índices de suspenso coinciden con una satisfacción generalizada de los jóvenes respecto a las varias dimensiones de la vida escolar. La llamaremos la *paradoja de los jóvenes satisfechos con la escuela, a pesar del fracaso escolar*.

Pero existe otra paradoja. En el conjunto de los estudiantes encuestados, el 65% dijeron que pretendían cursar la enseñanza superior. Si a estos les sumamos los 5% que manifestaron la convicción de realizar estudios de pos graduación, encontramos que el 70% de los jóvenes estudiantes portugueses –que corresponden al 37% de la población joven– albergan elevadas expectativas de escolaridad. Estas aspiraciones tan elevadas de los estudiantes están asociadas a aspiraciones de movilidad social. En efecto, según los datos de otra encuesta (Pais, 1998), cuando se comparan las expectativas de diferentes generaciones, se encuentra que son los jóvenes quienes más creen en la posibilidad de pasar de una clase social a otra. La cuestión problemática es la siguiente: ¿no será que el sistema escolar está inculcando en algunos jóvenes expectativas desmesuradas, o por lo menos desproporcionadas, con relación a la prosaica realidad del mundo del trabajo? ¿Y, al ser defraudadas tales expectativas, en jóvenes con fuertes expectativas de movilidad social, no se estarán creando las condiciones para el futuro surgimiento de formas específicas de *desencanto social*? ¿Querrá esto decir que las

políticas de juventud deberían dar prioridad a una rápida inserción profesional de los jóvenes, acortando sus trayectorias escolares y sus aspiraciones de movilidad? Evidentemente que no. Las políticas destinadas a la inserción profesional de los jóvenes no deberían atropellar otras lógicas de inserción social derivadas de los derechos legítimos de ciudadanía, entre los cuales, el derecho a la educación (Castel y Lae, 1992).

De cualquier forma, ¿Cómo interpretar la gran satisfacción de los jóvenes respecto al funcionamiento de la escuela y con lo que de ella esperan – la mayoría de los estudiantes, como vimos, aspira a obtener un título superior– si, entre ellos, se registran significativos porcentajes de suspenso? A ésta la llamaremos la *paradoja de la pretensión de estudiar para llegar lejos... pero despacio* – una vez que, para alcanzar elevados niveles de cualificación, pero con índices significativos de fracaso, las trayectorias tienen que ser doblemente estiradas: por efecto de las elevadas aspiraciones y por efecto de los prolongamientos provocados por los años que se repiten debido al fracaso escolar.

Finalmente, una tercera paradoja intrigante resulta del hecho de que los jóvenes portugueses con cualificaciones académicas más elevadas, especialmente los que poseen la enseñanza secundaria completa, son justamente aquellos que –en el ámbito de la Europa Comunitaria– son más afectados por un *desempleo de inserción*, cuando podría esperarse que ese desempleo afectase, sobre todo, a los jóvenes con más bajas cualificaciones académicas. En el ámbito de la OCDE, los países del sur de Europa constituyen uno de los grupos de países donde más altas son las tasas de desempleo entre aquellos que poseen niveles superiores de cualificación (OCDE, 1994: 76). Además, Portugal y Grecia son los únicos países de la Comunidad Europea en los que el porcentaje de “jóvenes adultos” desempleados de 25 a 35 años con sólo la educación primaria no excede el porcentaje de los desempleados que, con la misma edad, poseen el título de secundaria

(Study Group, 1996). ¿Cuál puede ser el significado de esta porción tan considerable de jóvenes que, pese a sus bajas cualificaciones académicas, consigue escapar al desempleo con ventaja sobre otros muchos jóvenes con mayores cualificaciones académicas?

Las dos primeras paradojas implican a jóvenes estudiantes, satisfechos globalmente con la escuela y con elevadas aspiraciones académicas, pese al fracaso escolar. Esas paradojas pueden ser interpretadas a partir de un mismo eje explicativo. Dadas las amenazas de desempleo –y no porque piensen que la escuela les prepare mal para la vida profesional o porque se reconozcan alérgicos al trabajo – esos jóvenes acabarán buscando una realización personal fuera del ámbito profesional, preferentemente con los amigos (Garelli, 1984; Pais, 1993). La escuela desempeña bien esta función, como ellos propios reconocen. Los índices repetición escolar se explican, entre otras razones, por las “faltas a clase”, algunas de las cuales son efecto de la dinámica de las convivencias grupales. Así se puede explicar una de las paradojas enunciadas: la de *los jóvenes satisfechos con la escuela, a pesar del fracaso escolar*. La escuela es, para los jóvenes estudiantes, un epicentro de relaciones de convivencia. Muchas veces se suspende un curso como efecto de esa dinámica de convivencia.

¿Y como se explica que los jóvenes estudiantes portugueses reivindiquen estirar su permanencia en la escuela? Conscientes de las dificultades de inserción profesional, adoptan dos estrategias convergentes: por un lado, alimentan elevadas expectativas en la obtención de un título superior, en la medida en que admiten que, de ese modo, estarán mejor pertrechados para enfrentarse a las vicisitudes del mercado de trabajo; por otro lado, al alimentar el deseo de alcanzar altos niveles de escolaridad, aplazan el enfrentamiento inmediato con el mercado de trabajo. Y suspender no constituye un obstáculo para ese designio.

La gran preocupación que revelan los jóvenes portugueses cuando viven (o imaginan vivir) una

situación de desempleo es, para cerca del 70% de ellos, la *falta de dinero*. Pero esta preocupación acaba siendo relativamente minimizada por los estudiantes, ya que sus padres les proveen de los medios mínimos de subsistencia y de los gastos lúdicos que les aseguran la convivencia con los amigos y una socialización en la esfera del consumo y del ocio. ¿Cómo podrían dejar de estar satisfechos con la escuela y con el *status quo* de estudiantes *aburguesados* (Crubelier, 1979) – en el sentido de que viven a costa de los padres?

Probablemente haya, entre los jóvenes académicamente mejor cualificados, una búsqueda de empleo más *selectiva* que, en consecuencia, se traduzca en un aumento del desempleo. O sea, que cuanto más elevadas sean las cualificaciones académicas, en un contexto de presión sobre el mercado de trabajo, menores serán las probabilidades de subempleo y mayores las de desempleo. Además, los poseedores de cualificaciones superiores tendrán, también con mayor probabilidad, recursos económicos o soportes familiares que les permitan, más fácilmente, adoptar estrategias de resistencia a las formas descualificadas y precarias de inserción profesional.

En contrapartida, para los jóvenes con bajas cualificaciones académicas –y los jóvenes portugueses son de los menos escolarizados de la Europa Comunitaria – el problema del desempleo tiene una solución *sui generis*. En la referida encuesta de 1997 preguntábamos a los jóvenes: “¿En situación de desempleo, qué opción tomaría?: ¿Esperar a conseguir un empleo que corresponda a sus aspiraciones” o “aprovechar la primera oportunidad de trabajar y ganar algún dinero?” Más del 80% de los jóvenes poco instruidos optaron por la segunda hipótesis. O sea, en situación de desempleo, los jóvenes menos instruidos –que son también los de origen social más humilde– son quienes más tienden a “aprovechar la primera oportunidad de trabajar y ganar algún dinero”. Para estos jóvenes, el problema del desempleo se resuelve, en gran medida, mediante el *subempleo*.

Cuando la capacidad de soportar el desempleo es elevada, el subempleo se reduce a costa del desempleo. Esto es lo que pasa con algunos jóvenes encuestados que, en situación de desempleo (real o imaginada) optarían por “esperar hasta conseguir un empleo que se correspondiese con sus aspiraciones”. Para estos jóvenes –bien cualificados y apoyados por la familia, el desempleo no es necesariamente una condición subyacente o conducente a la precariedad social, más bien se corresponde a un “compás de espera” que antecede a la inserción en un empleo regular. En este caso, estamos ante un desempleo juvenil de *prospección*, determinado por el hecho que los jóvenes buscan empleos compatibles con sus aspiraciones. Cuando la compatibilidad no está asegurada, las opciones son el desempleo o, entonces, el subempleo.

¿Qué significan, entonces, las bajas tasas de desempleo en Portugal, si se las compara con las tasas de desempleo de la mayor parte de los países miembros de la Comunidad Europea? Es muy probable que traduzcan un *índice de subdesarrollo*, una presión considerable sobre segmentos descualificados del mercado de trabajo por parte de jóvenes que, después de abandonar la escuela – y los jóvenes portugueses siguen abandonándola con evidente precocidad– sienten una responsabilidad (social) de comenzar a trabajar. Y como las oportunidades de empleo estable no están al alcance de todos, aprovechan cualquier oportunidad de trabajo. Además, los segmentos menos especializados de mercado de trabajo son precisamente aquellos sobre los que es mayor la presión de la mano de obra clandestina, especialmente los inmigrantes africanos.

Los modelos de inserción profesional no dejan de obedecer a tradiciones nacionales (Freussinnet, 1991). Hay tradiciones asentadas en un modelo de aprendizaje (como sucede en Alemania o el Reino Unido, con el *Youth Training Scheme*); hay tradiciones basadas en un *sistema escolar generalizado*, del que Francia y Suecia son buenos ejemplos; finalmente, hay tradiciones que

conlleven inserciones precoces en el mundo del trabajo de jóvenes poco escolarizados, como aún sucede en algunas regiones de Portugal. En este último caso, los bajos niveles de desempleo sólo son posibles gracias a los elevados niveles de subempleo.

7. ¿Y el futuro?

Vimos que el *principio de incertidumbre* domina la vida de muchos jóvenes. Pero también perturba a todos los que se preocupan con su futuro: familiares, políticos o sociólogos. Hace unas décadas, los científicos se colocaban frente a sus bolas de cristal (teorías) y predecían tranquilamente el futuro de los jóvenes –un futuro tanto más previsible cuanto más inscrito en los engranajes de la reproducción social (Paul Willis, Pierre Bourdieu, etc.) Las profecías se tornaban realidad y éstas se alimentaban de aquéllas. Las dificultades de inserción profesional eran imputadas a causas generalizables que afectarían a los jóvenes del mismo modo: en los años 70 se pregonaba la “alergia al trabajo”, después se hablaba de la “inadecuación de la escuela al mercado de trabajo”... hoy en día los pronósticos son más agnósticos. Las “conjunciones astrales” (relaciones entre variables sociológicas) son bastante más problemáticas o espurias y los propios jóvenes no pueden ser vistos como formando parte de un conjunto homogéneo. ¿Qué es lo que más afecta a la transición de los jóvenes de la escuela al trabajo? ¿Su titulación académica, o los orígenes sociales? ¿Sus proyectos, o sus trayectos? ¿Los cambios socioeconómicos, o las estrategias de reclutamiento de los empleadores? ¿Y la escuela? ¿Prepara a los jóvenes para el empleo, o disimula su desempleo? Estas interrogaciones son particularmente pertinentes en la periferia de Europa, donde más se notan los sobresaltos sociales provocados por la convergencia europea.

En efecto, en la periferia de Europa –ella propia en proceso de transición– las trayectorias de los

jóvenes de la escuela al trabajo se encuentran en una verdadera encrucijada de destinos. Dos vías y cuatro modelos parecen orientar esos destinos. En una vía – la de la *socialización para el empleo*– se contraponen un “modelo tradicional” y un “modelo de búsqueda autónoma”. Entre las clases sociales situadas en los extremos de la jerarquía social (clases elevadas y populares) parece dominar un *modelo tradicional*, en el que el peso de las redes sociales familiares, vecinales o de amistad (pedidos, recomendaciones, enchufes) todavía es relevante en la búsqueda de empleo; en contrapartida, entre las clases medias, parece dominar un modelo de búsqueda autónoma, donde lo que más cuenta son la “vocación” y los “capitales culturales” acumulados. En otra vía – de *desocialización respecto al mundo del trabajo* – se distinguen otros dos modelos: entre jóvenes orientados por una fuerte ética de convivencia y de diversión parece predominar un *modelo de aplazamiento* que los lleva a prolongar lo más posible la fase de juventud y a disfrutar de las delicias de la condición juvenil (como estudiantes, consumidores, parejas, etc.); entre los jóvenes con dificultades para obtener empleo parece predominar un *modelo de exclusión* en el que los mecanismos de precariedad social tienden a agravarse, y el desempleo a tomarse un fenómeno de larga duración.

Pero hay un punto incuestionable: los decisores políticos necesitan conocer la realidad e insisten en prever el futuro para poder tomar mejores decisiones. Esto sume en la desesperanza a los investigadores: no pueden colocar el futuro en una bandeja y decir a los decisores políticos: “aquí tienen el futuro, bien condimentado, listo para ser consumido”. Sería equívoco, viciado además por una contradicción. Intentar conocer el futuro es suponer que puede ser conocido, o sea, que ya se encuentra determinado. Ahora bien, el futuro no se encuentra determinado. En el caso de las ciencias naturales, ahí sí, es posible prever el futuro, siempre que dominen las leyes de la física, como Laplace postulaba. Pero incluso en el mundo de la física, con el advenimiento de la *mecánica cuántica*, la previsión navega en las aguas de la

incertidumbre; los acontecimientos futuros sólo son previsibles dentro de los límites del *principio de incertidumbre*. Uno de los “siete saberes” necesarios en la “educación del futuro” es, según Morin, el “saber encarar las incertidumbres”. Nunca como ahora, dice Morin, es tan actual la fórmula del poeta Eurípides, enunciada hace unos 25 siglos: “Lo esperado no se cumple, a lo inesperado Dios abre camino”. El *principio de incertidumbre* domina el futuro de Europa en un contexto de globalización. Internamente, Europa vive un periodo de apertura de fronteras (premisa de la idealizada Unión Europea); sin embargo, las fronteras de la Europa comunitaria tienden también a cerrarse al exterior, como prueba el *Acuerdo de Schengen*. Así, Europa se encuentra en un dilema ético de base étnica que consiste en la contradicción entre el apoyo y el patrocinio de los derechos humanos –que es propio del espíritu europeo– y el reconocimiento real de los derechos cívicos de, concretamente, quienes no nacieron europeos pero viven en Europa. Por eso la construcción europea se enfrenta a los “egoísmos nacionalistas” y a formas más o menos ocultas de xenofobia y racismo.

Pero los derechos de ciudadanía no son un problema exclusivo de los inmigrantes ni se restringen al simple disfrute de derechos. La ciudadanía, como Turner nos muestra, es fundamentalmente una cuestión de *participación*. ¿Cuales son los factores que fomentan o dificultan una ciudadanía activa por parte de los jóvenes? Veamos, por ejemplo, lo que pasa en la escuela. Y no se trata de una elección aleatoria, pues los jóvenes pasan la mayor parte de su tiempo en la escuela. ¿Y porqué están en la escuela? “Para preparar el futuro” –se dice– ¡como si el futuro ya existiese! Ahora bien, en la escuela el futuro tampoco tiene que ser pensado como algo ya dado. El futuro va haciéndose, preferentemente de forma *participativa*, implicando a los jóvenes. Sin embargo, lo que aún predomina en la escuela es una *cultura prescriptiva*: de planes y materias de estudio, de normas disciplinarias, de exámenes estandarizados, de prácticas pedagógicas que se

inscriben en una filosofía de “producción en serie” – lo que se justifica por la masificación de la enseñanza, sujeta, cada vez más, a *economías de escala*. Por las razones aducidas, una buena parte de los jóvenes no se adapta a la escuela.

El modelo de enseñanza que nuestras sociedades siguen adoptando parece dejar escapar, y cada vez más, la realidad que pretende modelar. Ese modelo de enseñanza se asienta en una filosofía de base: la formación entendida como una etapa (sala de espera) que antecede a la inserción profesional. El corolario de este principio hace que los jóvenes sean vistos como “inactivos” (en situación de espera). Curiosamente, las estadísticas oficiales reproducen esta filosofía, pues los excluyen de la población activa. Al establecerse una frontera rígida entre un tiempo para educar (de pretendida inactividad) y otro para trabajar (de actividad), los horizontes del saber (de un saber que se confina a la certificación) corren el riesgo de restringirse a la obtención de un “pergamino”. Después aparece la creencia de que con mejores cualificaciones se encuentra empleo con mayor facilidad. Lo que sucede es que la escuela ha funcionado como un factor de contención artificial del desempleo, *aparcamiento* de potenciales desempleados. El efecto perverso de esta contención es bien claro: se aumenta el nivel de cualificación de los desempleados en vez de reducirse el nivel de desempleo (la solución inversa no es, obviamente, mejor). Pese a todo, la percepción que algunos jóvenes tienen de la certificación escolar es la de un cheque con la fecha remitiendo al futuro, sin valor presente y, posiblemente, sin valor futuro.

Y siendo tan incierto el futuro que la escuela prepara a los jóvenes; y porque, por otra parte, los jóvenes rechazan el papel de “inactivos” que el sistema les asigna (“¡calladito!”), muchos jóvenes acaban invirtiendo en el presente, presente de un tiempo bullicioso que contrasta con la rutina de los tiempos lectivos prescritos. Esa rutina, vicio antiguo del sistema educativo, impide una *pedagogía de la autonomía, para la cual –según*

Paulo Freire- *saber enseñar no es transferir conocimientos, sino crear las posibilidades de su producción*. Con la participación activa de los alumnos, evidentemente. Podemos decir entonces que, si el futuro está en juego, es porque en él se juega el presente. Y el presente se juega en las estructuras laberínticas de la vida. Por eso, a los jóvenes se les presenta el desafío de saber vivir en el laberinto de la vida.

Referencias bibliográficas

- AUBERT, N. e GAULEJAR, V. (1991), *Le Coût de l' Excellence*, Seuil, Paris.
- BLANCHARD, O. e Portugal, P. (2000), "What hides behind an unemployment rate: comparing Portuguese and US unemployment", <http://web.mit.edu/blanchar/www/articles.html>.
- CABRAL, Manuel Villaverde e PAIS, José Machado (coordinadores) (1998), *Jovens Portugueses de Hoje*, Celta, Oeiras.
- CASTEL, R. e LAE, J.-F. (Eds.) (1992), *La Revenu Minimum d' Insertion*, Ed. L'Harmattan, Paris.
- CERTEAU, Michel de (1980), *L'Invention du Quotidien. Arts de Faire*, Paris, Union Générale d'Éditions, Paris.
- COLEMAN, James S. (1990), *Foundations of Social Theory*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge (Massachusetts) and London.
- CRAINE, S. (1997), "The black magic roundabout: cyclical transitions, social exclusion and alternative careers", in R. MacDonald (Ed.), *Youth. The Underclass and Social Exclusion*, Routledge, London.
- CRUBELLIER, M. (1979), *L' Enfance et la Jeunesse dans la Société Française, 1800-1950*, Ed. Colin, Paris.
- FREYSSINET, Jacques (1991), «Les modes d'insertion professionnelle des jeunes: trajectoires nationales face à la crise», *Problèmes Economiques*, 2221, pp. 1-8.
- FURLONG, A. e CARTMELM, F. (1997), *Young People and Social Change. Individualization and Risk in Late Modernity*, Open University Press, Buckingham.
- GARELLI, F. (1984), *La Generazione della Vita Quotidiana*, Il Mulino, Bolonha.
- HAREVEN, Tamara (1982), *Family Time and Industrial Time: The Relationship Between the Family and Work in a New England Industrial Community*, Cambridge University Press, Cambridge.
- HORAN, M. P. e PEGGY, G. H. (1991), «Children's Work and Schooling in the Late Nineteenth-Century Family Economy», *American Sociological Review*, 56, pp. 583-596.
- INQÉRITO À CARACTERIZAÇÃO SOCIAL DOS AGREGADOS FAMILIARES COM MENORES EM IDADE ESCOLAR (*Trabalho Infantil*) (1998), Departamento de Estatística do Trabalho, Emprego e Formação Profissional, Ministério do Trabalho e da Solidariedade.
- LAROQUE, Guy e SALANIÉ, Bernard (2000), "Une décomposition du non-emploi en France", *Economie et Statistique*, n° 331, 2000 (http://www.insee.fr/fr/ffc/docs_ffc/ES331C.pdf).
- LASÉN DÍAZ, Amparo (2000), *A Contratiempo. Un Estudio de las Temporalidades Juveniles*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.
- OCDE (1994), *Perspectivas del Empleo, 1994, 1994*.
- OCDE, *Employment Outlook*, 1998.
- PAIS (1993), José Machado, *Culturas Juvenis*, Imprensa Nacional-Casa da Moeda, Lisboa.

PAIS, José Machado (1994), "A vida como aventura: uma nova ética de lazer?", *New Routes for Leisure, Actas do Congresso Mundial*, Edições do Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa, Estudos e Investigações, Lisboa.

PAIS, José Machado (Coordenação Científica) (1998), *Valores e Gerações na Sociedade Portuguesa Contemporânea*, Secretaria de Estado da Juventude, Lisboa.

PAIS, José Machado (2000) "Transitions and youth cultures", *International Social Science Journal*, 164, UNESCO, 2000, pp. 219-232.

PAIS, José Machado (2001), *Ganchos, Tachos e Biscates. Jovens, Trabalho Precário e Futuro*, Ambar, Porto.

ROBERT, Ph. e KELLENS, G. (1973), "Nouvelles perspectives en Sociologie de la Déviance", *Revue Française de Sociologie*, XIV, pp. 371-395.

ROBERTS, Ken (1995), *Youth and Employment in Modern Britain*, Oxford University Press. Oxford.

ROULLEAU-BERGER, Laurence (1993), *La Ville Intervalle. Jeunes entre Centre et Banlieu*, Meridiens Klincksieck, Paris

ROUSSETET, J. (1974), *L'Allergie du Travail*, Seuil, Paris.

SAHLINS, Marshall (1987), *Islands of History*, The University Chicago Press, Chicago.

SENNETT, Richard (2000), *La Corrosión del Carácter. Las Consecuencias Personales del Trabajo en el Nuevo Capitalismo*, Anagrama, Barcelona.

SHANAHAN, Michael J. (2000), "Pathways to adulthood in changing societies: variability and mechanisms in life course perspective", *Annual Review of Sociology*, 26, pp. 667-692.

STUDY GROUP ON EDUCATION AND TRAINING (Report) (1996), *Accomplishing Europe Through Education and Training*, European Commission (Education Training Youth).

THOMAS, William e ZNANIECKI, Florian (1984), *The Polish Peasant in Europe and America*, University of Illinois Press, Chicago (1ª edição: 1918).

THRASHER, F. M. (1969), *The Gang*, University Chicago Press, Chicago, 1960 e C. R. Shaw e H. D. McKay, *Juvenile Delinquency and Urban Areas*, The University of Chicago Press, Chicago.

WUHL, S. (1992), *Les Exclus Face à l'Emploi*, Syros-Alternatives, Paris.